

**De pedagogías, políticas y subjetividades:
*recorridos y resistencias***

**MASCULINIDAD HIPERSEXUALIZADA
Compulsión y resistencia**

- Autor: Lic. Ruben Campero (rucabal@vera.com.uy – Uruguay)
- Afiliación institucional: Centro de Estudios de Género y Diversidad Sexual CEGEDIS e Instituto de Formación Sexológica Integral SEXUR (Uruguay)
- Eje temático: N° 2
- Palabras clave: Masculinidad, hipersexualización, deseo
- Ponencia para: 4º Congreso Género y Sociedad - Universidad Nacional de Córdoba - 21, 22, Y 23 de septiembre de 2016

Cuando se menciona la palabra “mujeriego”, habitualmente se disparan una serie de ideas vinculadas a un folklórico personaje masculino heterosexual que suele tener relaciones sexuales con ellas, para inmediatamente alejarse y cambiar por otra, reiniciando interminables ciclos de infidelidades y/o compulsivas “conquistas”.

Se construyen así chistes, anécdotas y comentarios alegóricos que delatan complicidad de toda la sociedad sobre lo “casanovas” o “seductores” que serían los hombres, naturalizando la idea de una omnipresencia imperativa de lo sexual en sus vidas que justificaría sus diferentes “arrebatos”, “deslices” o “impulsos”

El mujeriego si bien forma parte de un estereotipo y por tanto de un reduccionismo sobre el comportamiento sexual de hombres heterosexuales, tiende a reafirmar las ideas dominantes que existen no sólo sobre los hombres en general en relación a sus deseos y comportamientos sexuales, sino también sobre las mujeres heterosexuales y sus supuestos “destinos” sufrientes y crónicamente encolerizados, al ser representadas como seres pasivamente agonistas que son “seducidas y abandonadas”

Como forma de naturalizar los géneros establecidos, el imaginario social que se recrea sobre lo masculino en contraposición a lo femenino (y por tanto sobre como concebir la diferencia sexual) haría “reconocible” aquellas frustraciones femeninas que provocarían los mujeriegos, y que estarían basadas en narrativas romantizadas sin final feliz por un vínculo idealizado con un hombre galán-proveedor paterno, el cual no sólo no cumple con sus promesas sino que además se comporta como un anti-héroe fálico-manipulador.

¿Qué masculinidad y feminidad se actualiza cuando en un escenario de inequidad se recrea un vínculo entre un hombre sádico-mujeriego y una mujer

victimizada-resignada, que cree que su destino masoquista es aprender a lidiar con el sufrimiento que los hombres le provocan y provocarán con su promiscuidad?

¿Qué núcleos del binarismo masculino-femenino se mantienen resistentes al cambio cuando la socialización masculinizante continúa naturalizando una compulsión sexual en muchos hombres, mediante la representación de un deseo a tal punto desbordante que no permite “detenerse” a empatizar e intimar con quien se erotiza?

Masculinidad hipersexual

Podemos entender a la masculinidad hegemónica como “...*la configuración de la práctica genérica que encarna la respuesta conscientemente aceptada al problema de la legitimidad del patriarcado, la que garantiza (o se toma para garantizar) la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres*” (Connell, 1995: 39). Los guiones masculinos considerados versiones inferiores, secundarias, averiadas, “diferentes” de la masculinidad hegemónica, es decir sensibles, no competitivas, no hiper-heterosexuales, no heterosexuales, no hiper-sexuales, no violentas, etc., serían vistas como sub-versiones o subalternidades masculinas (Campero, 2014)

Este ideal masculino, supuesta prueba del estatus natural de la superioridad y dominio de los hombres sobre las mujeres y “otros” hombres, es el que aún permea el imaginario social asociado a lo fuerte, alto, duro, heroico, etc., constituyéndose en un estereotipo organizador de los procesos de subjetivación de todos los hombres, que complementariamente muchas mujeres, así como muchos hombres que no logran ajustarse a ese ideal, sostienen con su admiración e incluso con su sexualidad, al haber aprendido a erotizar las performances de género del hombre blanco, heterosexual, de clase media-alta, judeo-cristiano, urbano y capitalista.

Según Badinter la masculinidad de un hombre se construiría sobre tres negaciones: No ser bebé, no ser mujer y no ser homosexual (Badinter, 1994). El hombre que se piensa a si mismo desde las prerrogativas de la masculinidad hegemónica, deberá establecer un sistema de vigilancia subjetivo que evite que los fantasmas de la dependencia, la feminidad y el deseo por otros hombres amenacen con retornar y anular el podio identitario obtenido.

Así muchos hombres acaban desplegando una performance caricaturesca del ideal del macho hiper-masculino, en desesperado intento por encarnar las características opuestas a las de los fantasmas des-masculinizantes. Hombres con una autosuficiencia gélida y casi autista, con un amaneramiento masculinamente robótico en sus movimientos corporales y/o manifestando constantes, violentas y exageradas expresiones públicas de su atracción por “todas” las mujeres.

La (hiper) heterosexualidad compulsiva en los hombres, mas que una manifestación específica del erotismo sería un ideal normativo que actuaría como un aparato ideológico, como una institución constructora de subjetividad y de identidad (como también lo sería la homosexualidad en otros sentidos), que prescribe cómo ser un hombre verdadero (o cómo no ser una mujer), como, que y cuanto desear, y hasta como desempeñarse genitualmente con el objeto de deseo (1)

Pero se trata de una institución invisible, co-fundida con aquella gramática que imparte las reglas de escritura y lectura de quienes serán considerados sujetos y quienes “otros”. Al no ser concebida como institución, al quedar asociada a la naturaleza como mera atracción erótica por el sexo “opuesto”, la normatividad heterosexual performa desde esquemas binarios y dicotómicos de género las subjetividades de hombres, mujeres y personas trans, prescribiendo formas guionadas de estructurar cuerpos, prácticas y deseos.

Cantidad, importancia y urgencia de lo sexual

Si el ideal normativo de la masculinidad hegemónica heterosexual funciona como un principio organizador de la identidad de género, y si dicho ideal se confunde con la ley abstracta y universal, los regímenes deseantes de los hombres identificados con este ideal deberán estructurarse en base a características heroicas y megalómanas.

Por ello muchos hombres se referirán a su deseo sexual en términos más irrefrenablemente cuantitativos que cualitativos, no solo en relación a la cantidad de mujeres deseadas y abordadas, sino también a la supuesta intensidad o “cuantum” de ese deseo, el cual se dispararía con la sola observación de sus objetos.

Se construiría así un deseo desde un registro de lo dimensionable y mensurable, que deberá excederse a sí mismo todo el tiempo, superando los propios límites deseantes a través de la ostentación de un interés sexual por casi cualquier objeto sexualizable. Ostentación manifestada en recurrentes y exageradas verbalizaciones y actos en relación a lo sexual, como exhibición probatoria de la adecuación a las pautas del ideal masculino.

En tanto *“ser varón obliga a ser importante, de modo que quien es varón, sólo si consigue ser importante llega a ser propiamente varón”* (Marqués, 1992: 23), la premura por constatar el propio estatuto de importancia mediante la proyección de lo “no importante” en esos “otros” con los cuales se compara y diferencia (y constituye las mas de las veces en sus objetos de deseo), llevaría a que la modalidad deseante masculina hegemónica deba manifestarse en términos de omnipresencia así como de expansión y dominio, en intento de colonizar desde la apropiación fálica aquellos objetos que deberá fetichizar para poder erotizarlos. Al colocar a sus objetos de deseo en una posición de subalternidad fetichizada, lograría neutralizar los contenidos amenazantes para su estatuto de importancia que subyacen en los mismos.

Muchas veces cuando un hombre acosa sexualmente a una mujer en la calle (u hostiga o se burla de hombres afeminados o mujeres trans (2)) está también marcando su posición de importancia social y sexual establecida por el contraste con la “no importancia” asignada a la mujer (y a lo femenino) que es concebida como objeto erótico. Esta exhibición fálica, violenta y descalificadora mantiene negada la corriente tierna del deseo hacia las mujeres y lo femenino, corriente que podría tornarlas importantes, colocando al masculino en riesgo de vulnerabilidad y pérdida de la importancia perseguida como ideal, al quedarse sin alguien “inferior” para diferenciarse.

En tanto que la práctica sexual es un pilar central del “hacerse hombre”, la promiscuidad sexual instruida precozmente en los niños (3) a través de prescripciones

sociales y familiares (las cuales si fueran aplicadas a niñas revelarían su condición de abuso sexual) construirían una subjetividad masculina cuya modalidad deseante deberá expresarse como algo irrefrenable, animalmente instintivo, indiscriminado, como una fuerza no elaborada psíquicamente que irrumpiría cada vez que el sujeto se ve incitado sexualmente, resultándole muy difícil contenerla, manejarla y experimentarla sin tener que “hacer algo” físico con ella.

El deseo sexual es vivido entonces como tensión, como urgencia de descarga que debe ser expresada y evacuada, buscando antes un alivio que un placer, en tanto si la energía sexual permanece en el interior demasiado tiempo, provocaría algún tipo de daño o malestar persecutorio que tornaría al cuerpo en objeto-materia (cuando la masculinidad debe representar la trascendencia y la abstracción) haciéndolo pasible de cargarse (Schneider, 2003) y sufrir pasivamente los arrebatos libidinales del deseo. Algo que amenazantemente se parece a lo femenino, en tanto en el binomio (hetero) sexual se espera que la mujer experimente pasivamente las sensaciones que el activo pene provoca, “cargándose” con la recepción de la energía y fluidos masculinos.

En ese sentido la masculinidad se comprobaría expulsiva y centrífuga en el trabajo que implica producir algo hacia el exterior a partir de una tensión sexual inicial, manifestando un deseo más bien actuado que sentido internamente, más bien activo-evacuativo que pasivo-receptivo, con la urgencia de desembarazarse de contenidos psíquicos no elaborados, que al ser eyectados funcionan a su vez como pruebas visibles y tangibles de un “producto” masculino completo y terminado, que es exhibido y brindado a otro para que sea receptor y testigo extasiado de su grandeza fálica (4)

A causa de esta lucha megalómana por tener que encarnar lo importante, lo masculino hegemónico se extravía en espejos narcisistas. Intenta desear a otro reconociendo la falta propia y necesaria de la castración simbólica, pero la condena de tener que representar el sexo base (fálico) que se ubicaría más allá de la diferencia sexual, así como los terrores feminizantes que amenazan con transformarlo en un cuerpo pasivo de piel vulnerable cargada de afectos si reconoce que desea, le reactivarían angustias provenientes de los aspectos proto-femeninos y dependientes del vínculo fusional temprano con la madre (Stoller y Herdt, 1982) que no sólo debería haberlos resignado, sino también olvidar que alguna vez lo experimentó si es que pretende seguir siendo un “hombre de verdad”.

“Objetos” de deseo sexual

Así las cosas el hombre puede idealizar a la mujer objeto de su deseo, con lo cual la erige en inalcanzable para evitar tomar contacto con lo persecutorio que le despierta, así como con aspectos de la realidad de dicha mujer que pudieran impedir continuar proyectando los propios contenidos idealizados en ella; O puede desear sexualmente a una mujer no tanto por lo que le provoca el estímulo concreto del objeto, sino por el valor simbólico y hasta auto erótico que reporta la conquista del mismo y su exhibición pública, en tanto al haber mujeres “regaladas” o “difíciles”, eso significa que ellas tienen un valor simbólico de intercambio para los hombres que las “poseen” (5); O también puede desear en un régimen sádico y proyectivo, en donde la atracción por mujeres queda mediatizada por la misoginia, en tanto al desvalorizar al objeto la

vivencia de poder obtenida de dicha desvalorización reporta un plus de erotismo que sostiene la dinámica deseante en clave narcisista.

En la medida en que para asumir una identidad de género masculina se debe rechazar y renunciar al propio cuerpo (tratándolo como máquina de rendimiento y fortaleza que permita alcanzar un resultado trascendente), y a cualquier aspecto que pueda ser significado como femenino, homosexual o infantil (sensibilidad, corporalidad, intimidad, apego, etc.), se constituye un ser en base a un “no ser” o a un “no deber ser”, sin definición positiva ni contenido particular medible a escala subjetiva. Ello provocaría una especie de labilidad en la conexión vivencial con lo que se experimenta, haciendo difícil identificar, apreciar y valorar subjetivamente el propio deseo, así como los objetos que supuestamente lo estimulan (6), llevando a muchos hombres a tener contactos sexuales aún con personas que no consideran atractivas o en momentos o situaciones en donde el deseo está ausente.

Ese estar “siempre listo” aunque se esté desconectado del deseo, evidenciaría que la subjetividad masculina hegemónica se temple en base a ideales de acción, autosuficiencia y rendimiento (que deben ser confirmados por la mirada exterior) y no tanto a necesidades identificadas como tales, en la medida que dichas necesidades serían interpretadas como expresión de dependencia infantil y/o femenina.

Por otra parte esta modalidad deseante llevaría a muchos hombres a la búsqueda de objetos sexuales más allá de las categorías de sexo, género y orientación sexual, desafiando la dicotomía hetero/homo, en tanto un “verdadero” hombre “puede” tanto con mujeres, hombres o personas trans, siempre y cuando ocupe el rol penetrador en el coito (o que al menos de pruebas de ello más allá de lo que ocurra realmente), permitiendo así que no se afecten tanto las categorías identitarias consagradas, como los sitios de poder que de ella se desprenden.

Según parece para la masculinidad hegemónica la heterosexualidad funcionaría más como una tecnología social que garantiza una etiqueta de respetabilidad y diferenciación jerárquica de los hombres ante las mujeres y “otros” hombre, que como un deseo sexual específico hacia las mujeres (7)

A causa también de esta labilidad vivencial en la conexión con los deseos, se logra a su vez asentar y hacer subjetivamente activo el mandato de “cumplir” eróticamente cuando una mujer se “regala”, con lo cual cualquier posibilidad deseante rápidamente queda eclipsa por la necesidad de “estar a la altura” y de probar que “no se es” aquello que el ideal normativo de la masculinidad hegemónica ordena “no ser” para “ser” un masculino verdadero. De esta manera se refuerza nuevamente el vacío identitario, este “no ser para ser” que representa la masculinidad, estimulándose un deseo más bien automatizado, general y con escasa resonancia subjetiva.

Avaladores masculinos

Si para el sistema de género imperante el hombre representa lo uno e importante, en la medida en que la mujer es colocada relacionalmente en el lugar de lo otro (en tanto sexo “opuesto”), para muchos hombres hegemónicos los verdaderos interlocutores válidos van a ser otros hombres, en tanto son ellos los concebidos como importantes y

además quienes integran el coro de jueces que evalúan y vigilan la consistencia masculina de sus miembros.

Versa un viejo chiste un hombre quedaba náufrago en una isla desierta sólo con Claudia Schiffer. Un día, le pide a su compañera que se vista con ropas masculinas y de vuelta a la isla, a lo que la mujer accede. Cuando estaba completando la vuelta así vestida y próxima a llegar a él, el hombre se adelanta y le dice “loco, no vas a creer a quien me estoy cogiendo!!! Este ejemplo evidenciaría la influencia homosocial en la metabolización subjetiva del deseo sexual por mujeres en muchos hombres. Desear a las mujeres y sobre todo probarlo públicamente frente a otros hombres, forma parte de las prerrogativas de la masculinidad hegemónica.

Formar parte de esta masculinidad implica mantener activado un sistema de vigilancia subjetivo que permita des-identificarse (Greenson, 1968) de las mujeres a cada paso y dar pruebas de ello (siendo masculino, heterosexual e independiente), así como fortalecer los vínculos de hermandad, cofradía, honor y contra-identificación con otros hombres, es decir alimentar la identificación con ellos para contrarrestar los efectos subjetivos que provoca el temor de encarnar algo relativo a lo femenino o ser visto con dichos atributos de género.

En ese sentido la vertiente narcisista del deseo por las mujeres, se evidenciaría también en el orgullo y alivio personal experimentados en la connivencia con otros hombres a través del acto de ser visto por estos con una mujer (dando pruebas de heterosexualidad, o mas bien de “no homosexualidad”, como estandarte hegemónico) así como también la implícita o explícita actitud de competencia con ellos en relación a la comparación narcisista de los trofeos femeninos adquiridos para la colección a exhibir.

Como la homosocialidad masculina hegemónica implica estereotipar negativamente a las mujeres no idealizadas (es decir las que no son la madre, la hermana o la esposa) para diferenciarse de ellas, muchas veces son reducidas en el discurso a la categoría de objeto sexual (8) cuando estos hombres interactúan entre sí (no sucediendo siempre lo mismo cuando el hombre está solo con la mujer o hablando con otro hombre en quien confía), en una suerte de mensaje colectivo de que nada de lo femenino les es propio, salvo cuando se apoderan de ello en términos de dominio sexual y fálico.

En ese sentido las mujeres de sus diálogos tienden a ser producciones corporales hiperfeminizadas por tecnologías estéticas y mercados eróticos, y producidas en serie al estilo de la pornografía, la prostitución y las revistas o programas de tv de consumo masivo. Mujeres inventadas por las siliconas y las creaciones narcisistas y fóbicas de los regímenes deseantes masculinos hegemónicos, que no quedan en esas conversaciones masculinas de café, sino que performan los deseos eróticos de muchos hombres y las subjetividades de muchas mujeres, y que el Capitalismo metaboliza y recicla con atractivas ofertas de consumo que prometen la felicidad.

Así también esta hermandad homosocial, que como dice el tango “Cafetín de Buenos Aires” de Discépolo refiriéndose a ese espacio de socialización. “...*si sos lo único en la vida que se pareció a mi vieja...*”, hace las veces de soporte emocional primario en donde los vínculos masculinos mediatizados por la oralidad del alcohol (el

“chupar” con amigos) logran debilitar las barreras de mutua vigilancia, acortar la distancia corporal al hablar y disfrutar medianamente de la ternura entre hombres, prohibida en general por el tabú homosexual de la masculinidad hegemónica.

En ese sentido la homofobia (ya sea explícita o “diluida” en expresiones cotidianas), estructural al ideal masculino en tanto prueba de la no homosexualidad, se revela también no sólo como barrera ante el temor de irrupción de deseos homosexuales prohibidos, sino también como defensa ante la corriente afectiva y sensible entre hombres. Aspecto aún escasamente investigado por los prejuicios homofóbicos, que deja a muchos hombres instalados en el dolor y la rabia (y que sólo expresan como violencia) a causa también de un duelo no elaborado por haber tenido que perder a ese otro hombre con el cual expresar su corriente tierna, vulnerable y dependiente, de la cual sólo se permite socialmente que se haga cargo la mujer, en sus roles de pareja o de la madre tierna inventada en el contexto de la familia nuclear y burguesa.

Mujeres fetiche

Ahora bien, esta mujer inventada entonces en la interacción homosocial y producida como objeto sexual para el imaginario colectivo, no sería más que un fetiche construido por proyecciones y miedos masculinos, que desde su gesto erótico rígido y siniestramente porno evidencia la necesidad de control, dominio y colonización del cuerpo de las mujeres por parte de los hombres, a través de la parcialización en zonas y órganos sexuales visualmente amputados, que cobran vida propia e independiente para estimular el deseo masculino.

Un deseo que evidenciaría la necesidad de congelar y fetichizar a su objeto para que surta el efecto erótico esperado, despojándolo para ello de toda subjetividad (9) que evite cualquier posibilidad de una riesgosa identificación con la mujer (que llevaría a la peligrosa intimidad con esa feminidad) la cual necesita ser negada en sí mismo para poder ser y sentirse hombre a través del establecimiento de la complementaria polaridad heteronormativa de hombre-mujer.

Neutralizados los peligros identificatorios con la feminidad a través del engolfamiento de la mujer en un cuerpo hiper-erotizado, el hombre hegemónico (y la sociedad toda) logra conjurar sus temores al identificarse proyectivamente (10) con la mujer y lo femenino, en el sentido de lograr estabilizar su identidad masculina a partir escindir su yo y proyectar los propios aspectos disociados de fragilidad, dependencia y pasividad sobre el cuerpo y la identidad de la mujer (y “otros” hombres), a la vez que identificarse con eso proyectado y vivido como persecutorio en tanto que rechazado (por ej. ser maricón, cobarde, poco hombre, homosexual, etc.) para controlar que dichos rasgos rechazados permanezcan en el exterior y se mantengan a distancia de los ideales masculinos con los cuales el sujeto se quiere quedar y guardar dentro de sí por identificación, la cual refuerza con un exhibicionismo de sus dotes fálicos.

En ese sentido se podría decir que algunos hombres que mantienen relaciones sexuales con mujeres (u hombres no vistos como tales), en realidad las mantienen con las imágenes grandiosas de sí que les devuelven dichas mujeres al manifestar placer por tomar contacto con su pene, un pene que sólo así se revelaría libre de cualquier fantasma femenino y homosexual al ser la mujer, y no él, la identificada como la que

goza con un pene. Un pene que por ese acto se constituiría en falo, es decir en aquello que es deseado por su valor jerárquico por parte de esos “otros” que no tienen un igual o no lo usan “masculinamente” (11)

Otras veces las relaciones sexuales que se están teniendo con la mujer, en realidad se están manteniendo también con aquellos aspectos de pasividad, dependencia y suavidad del propio hombre, de los cuales sólo puede disfrutar cuando están evacuados y depositados en las mujeres y “otros” hombres, identificándose parcialmente con dichos aspectos en tanto eso que él no es (12)

Pero como mecanismo defensivo primario, la identificación proyectiva no permite desembarazarse completamente de lo rechazado. Lo proyectado amenaza siempre con retornar al sujeto en tanto este se ha identificado parcialmente con esos contenidos repudiados y puestos a distancia en el otro (es decir que les teme porque “los intuye” suyos aunque los exprese un otro).

Es así que el control sobre las mujeres y sobre la correcta y masculina actuación ante ella debe permanecer siempre activado para evitar el retorno de lo proyectado. Esto se incrementaría en situaciones de angustia tales como episodios de disfunción eréctil, ser “acusado” por tener un pene chico o de no “saber hacer” gozar a una mujer, y que las mas de las veces desencadena en violencia como intento desesperado de retomar la tranquilidad masculinizante.

Dicho repudio de los contenidos internos persecutoriamente condenan al masculino a perder esos aspectos afectivos que le son también propios (sensibilidad, pasividad, dependencia, vulnerabilidad) pero que quedan estereotipadamente colocados como exclusividad femenina, provocando un vacío subjetivo y un analfabetismo afectivo como expresión de un “ser” en base a eso perdido y configurado en lo que no se debe ser (niño, mujer y homosexual).

Subjetivarse masculinamente implicaría la identificación con lo perdido en tanto perdido y proyectado en “otros”, estableciendo un “soy” en referencia a lo que “no soy”. Pero lo perdido nunca deberá ser reconocido como tal, en tanto aceptar perder algo implica reconocer haberlo tenido (o haberlo sido) alguna vez. El hombre estaría condenado a ser siempre la mujer (Volnovich, 2006), el niño y el homosexual que nunca fue ni nunca sería. Esta identificación con lo perdido convertiría a la masculinidad hegemónica en mueca melancólica (Butler, 2001) producto del intento de encarnar la abstracción, de ser algo sin materialidad subjetiva particular, al tener que diferenciarse (no siendo para ser) de los seres particulares y terrenales para ocupar la posición hegemónica.

Resistencia

La creencia en una sinonimia entre masculinidad y ley general y abstracta, ha invisibilizado las especificidades subjetivas y deseantes de una masculinidad que se pretende hegemónica. Esta abstracción no ha hecho más que des-materializar y des-particularizar la masculinidad, generando heridas y pérdidas que deben ser negadas por proyecciones misóginas y homofóbicas, así como por performances de hombres

mujeriegos que maquínica y compulsivamente han deseado contra-fobicamente objetos de apropiación fálico-sexual.

Las repercusiones que este imaginario posee sobre la subjetividad, la producción deseante y los comportamientos sexuales de hombres (y mujeres) nos llevaría a considerar los malestares sexuales que muchos hombres traen a la consulta (así como aquellos que no traen en tanto negados por considerarlos no masculinos y/o “captar” que los dispositivos de atención de la salud no los contemplan como posibles) no sólo como un trastorno, sin como quejas o resistencias ante un guion sexual hegemónico aprendido que se sustenta en un modelo adictivo, cuantitativo y alienante, que disocia, fetichiza y aísla emocionalmente al objeto, construyendo un erotismo masculino alienado en interacción complementaria con una feminidad inferiorizada y las “otras” masculinidades (las subalternas)

Notas

(1) El coitocentrismo vaginal como prescripción cultural, no solo se imparte en la educación sexual informal como estrategia social para asociar heterosexualidad con reproducción y por tanto con naturaleza, sino que también (y junto con el coito anal) naturaliza posiciones de poder fálico al establecer los roles de activo y pasivo, manteniendo así a las mujeres y hombres penetrables en posiciones de subalternidad.

(2) Las mujeres (en incluso muchas personas trans) también se burlan y hostigan a muchas personas de maneras misóginas, homofóbicas y transfóbicas, en tanto han incorporado la escala de valores masculina hegemónica como una escala universal.

(3) Muchas madres, padres y cuidadores/as primarios/as festejan y estimulan actitudes picarescamente eróticas de niños muy pequeños hacia las mujeres, al leerlas (y por tanto irlas construyendo) como manifestaciones de una atracción proto (hetero) sexual y masiva de ese niño hacia todas las mujeres, en intento de ir inoculando los valores hegemónicos de la masculinidad.

(4) Este es un recurso estético que se utiliza muy frecuentemente en la pornografía, cuando se destaca en primer plano el momento y acto de la eyaculación, así como las reacciones de éxtasis que vivenciaría la persona sobre la cual el semen es derramado.

(5) El ejemplo extremo del lugar de la mujer como moneda de cambio entre hombres, lo encontramos en la violencia que las mujeres de Ciudad Juarez (México) suelen vivir.

(6) El folklore masculino habla de un supuesto hiper deseo por todo ser penetrable, y como expresa el dicho rioplatense “Todo bicho que camina va a parar al asador”.

(7) De hecho cuando un hombre tiene contacto sexual con una persona trans su orientación sexual se torna inclasificable. Del mismo modo muchos hombres que se viven heterosexuales, mantienen relaciones sexuales con otros hombres a los que sí ven como homosexuales, no afectado esto en absoluto la idea que tienen sobre sí mismos.

(8) Un paciente hombre, luego de un tiempo de proceso terapéutico, pudo manejar afectivamente y hasta “entender” que una mujer también podía ser simplemente una amiga sin connotaciones sexuales.

(9) Otro paciente hombre, gracias a su consulta por disfunción eréctil, pudo trabajar lo que significaba para él haber clasificado toda su vida a las mujeres exclusivamente en las categorías de “cogibles” y “no cogibles”.

(10) Mecanismo defensivo teorizado por el la corriente psicoanalítica inglesa.

(11) Otro paciente con claros y evidentes deseos por mujeres (y no por hombres o personas trans), así como asiduo consumidor de pornografía, planteaba que si bien no le atraen para nada los hombres ni los penes, debía reconocer que la mujer de la escena porno la resulta realmente excitante en especial cuando hay un pene presente.

(12) Todo esto se registraría cada vez que un hombre le pregunta a la persona que está penetrando o le practica una fellatio si le gusta el pene y la forma en que lo siente, como forma de auto-estimularse sexualmente.

Referencias bibliográficas

Althusser, Louis (1988). Ideología y Aparatos Ideológicos del Estado. Buenos Aires: Nueva Visión.

Badinter, Elisabeth (1993). XY, la identidad masculina. Bogotá: Norma.

Barrán, José Pedro (1995). Medicina y sociedad en el Uruguay del 900. T. 3. La invención del cuerpo. Montevideo: Banda Oriental.

Bleichmar, Silvia (2006). Paradojas de la sexualidad masculina. Buenos Aires: Paidós.

Bourdieu, Pierre (2000). La dominación masculina. Barcelona: Anagrama.

Burin, Mabel y Meler, Irene (2000). Varones. Género y subjetividad masculina. Buenos Aires: Paidós.

Butler, Judith (2001). El género en disputa, México DF: Paidós.

----- (2001). Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción. Madrid: Cátedra.

Ruben Campero (2014). A lo macho. Sexo, deseo y masculinidad. Montevideo: Fin de Siglo.

----- (2013). Cuerpos, poder y erotismo. Escritos inconvenientes. Montevideo: Fin de Siglo.

----- (2013). Piel de hombre: Algunas construcciones sobre la masculinidad hegemónica en torno a lo cutáneo. En Revista Argentina de Psicología RAP. Edición 52, octubre, Buenos Aires.

----- (2010). Des-orientaciones sexuales: Las performances del deseo. Revista Actualidad Psicológica, Año XXXV, N° 388, Buenos Aires.

Connell Robert (1995). La organización social de la masculinidad. (pp. 31.48) En “Masculinidad/es. Poder y crisis”, 1997. Santiago: Isis Internacional

Greenson, Ralph (1968). Des-identificarse de la madre: Su especial importancia para el niño varón (pp. 370-374). En “The International Journal of Psychoanalysis” Institute of Psychoanalysis.

Guasch, Oscar (2006). Héroes, científicos, heterosexuales y gays. Los varones en perspectiva. Barcelona: Bellaterra.

Marqués, Josep-Vicent (1992). Varón y patriarcado. En “Masculinidad/es. Poder y crisis”, 1997. Santiago: Isis Internacional.

Stoller, Robert y Gilbert, Herat (1982). El desarrollo de la masculinidad: Una contribución transcultural, en Journal of the American Psychoanalytic Association, vol. 30, N°1, Internacional University Press.

Volnovich, Juan Carlos (2006) Ir de putas. Reflexiones acerca de los clientes de la prostitución, Topía, Buenos Aires.

Wittig, Monique (2006) El pensamiento heterosexual y otros ensayos, Egales, Madrid.